

Durante dos horas, mientras en vano intentaba yo reanimarle, aquel intangible tambor no cesaba un segundo de aturdirme los oídos con su rumor monótono, intermitente, incomprendible. Sentía yo cómo me iba penetrando, hasta la médula de los huesos, el miedo, el verdadero miedo, el horroroso miedo, frente a aquel cadáver amado, en el hoyo abrasado por el sol, entre cuatro mogotes de arena, mientras que el eco desconocido nos lanzaba continuamente el rápido redoble del tambor a doscientas leguas de cualquier poblado francés.

Aquel día comprendí lo que era tener miedo. Todavía lo he sabido mejor en otra ocasión...

El capitán interrumpió al narrador.

—Dispense usted caballero. Y ¿qué era aquel tambor?

Respondió el viajero:

¡Yo qué sé! Nadie lo sabe. Los oficiales, sorprendidos con frecuencia por el extraño ruido, lo atribuyen, por lo general, al eco, aumentado, multiplicado, desmedidamente abultado por los altibajos méganos, de una rociada de granos de arena arrastrados por el viento y que chocan contra un matorral de hierba seca; porque siempre se ha observado que el fenómeno se produce en las inmediaciones de pequeñas matas agostadas por el sol y duras como pergamino.

Así, pues, el tal tambor no debe de ser más que una especie de espejismo del sonido. Ni más ni menos. Pero yo no lo supe hasta más tarde.

Llego a mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia. Tan oscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes de lo habitual. Llevaba yo por guía a un lugareño que iba junto a mí por un sendero bajo una bóveda de pinsapos, a los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado. Por entre las copas veía yo correr las nubes, más bien nubarrones enloquecidos que parecían huir plenos de pánico.

A veces, una inmensa racha inclinaba todo el bosque en la misma dirección, con gemidos como de sufrimiento; y a pesar de mi paso rápido y de mi pesada ropa, íbame entrando frío.

Teníamos que cenar y acostarnos en casa de un guardamon-tes, la cual estaba ya cerca de nosotros. El objeto de mi ida allí era la caza.

De vez en cuando mi guía levantaba la vista y murmuraba.

—¡Qué tiempo tan triste!

Luego me habló de las personas a cuya casa nos encaminá-bamos. El padre había matado a un cazador furtivo dos años antes, y desde entonces tenía un humor tétrico, como si no ce-sara de atormentarle el recuerdo. Con él vivían sus dos hi-jos, ambos casados.

Las tinieblas eran profundas. Yo no veía ni gota, ni de-lante ni en torno mío; y todo el ramaje de los árboles, al en-trechocarse, llenaba la noche con un rumor incesante. Al fin percibí una luz, y bien pronto mi compañero dio golpes a la puerta. Agudos gritos de mujer nos respondieron. Luego, una voz de hombre, una voz ahogada, preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía se dio a conocer, y entramos. Vi un cuadro inol-vidable.

Un viejo, de cabello blanco y ojos alocados, con el fu-sil cargado en la mano, nos esperaba de pie en medio de la co-cina; mientras guardaban la puerta dos fornidos mocetones, ar-mados con hachas. Distinguí en los rincones oscuros a dos mu-jeres, de rodillas, cara a la pared.

Nos explicamos. El viejo dejó su arma contra el muro y dió órdenes para que preparasen mi cuarto. Luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente.

—Vea usted señor; he matado a un hombre, esta noche hace dos años justos. El año pasado vino a llamarme. También le espero esta noche.

Y después añadió, con un tono que me hizo sonreír:

—Por eso no estamos tranquilos.

Le tranquilicé como pude, satisfecho de haber llegado precisamente aquella noche y de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso. Conté anécdotas, y casi conseguí calmar a todo el mundo.

Junto al hogar, un perro viejo y bigotudo, uno de esos perros que se parecen a personas conocidas, dormía con el hocico metido entre las patas.

Fuera, una tempestad desencadenada azotaba la casita; y por un estrecho ventanillo con vidrio, una especie de gatera situada junto a la puerta, veía yo todo un macizo de árboles bamboleados por el viento al resplandor de grandes relámpagos.

A pesar de mis esfuerzos, comprendía que estas gentes eran presa de un terror profundo. Cada vez que yo dejaba de hablar, poníanse todos los oídos a escuchar a lo lejos. Har to de presenciar aquellos temores imbéciles, iba a proponer acostarme, cuando de pronto el viejo guarda dió un bote de su asiento y empuñó de nuevo la escopeta, balbuceando con voz extraviada:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Lo oigo!

Las dos mujeres volvieron a caer de rodillas en sus rincones respectivos, tapándose la cara, y los hijos tomaron otra vez las hachas. Iba a intentar apaciguarlos otra vez cuando el perro se despertó de un modo repentino, levantó la cabeza, alargó el pescuezo, miró al fuego con ojos casi apagados, y lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen temblar a los caminantes por la noche en los campos. Todas las miradas se dirigieron a él; se había quedado entonces inmóvil, erguido sobre las patas, como si tuviera una visión; y

se puso a aullar hacia una cosa invisible, desconocida, tremenda a no dudarlo, puesto que se le erizaron los pelos. El guarda, lívido, gritó:

—¡Lo huele, lo siente! ¡Estaba ahí cuando yo le maté!

Y enloquecidas ambas mujeres, pusiéronse a aullar con el perro.

A pesar mío, sentí cómo me corría un escalofrío por entre los hombros. Aquella visión del animal, en aquel sitio, en aquella hora, en medio de aquellas gentes extraviadas, era cosa que infundía pavor al verla.

El perro aulló durante una hora, sin moverse del sitio; aulló como en la angustia de una pesadilla. Y el miedo, el espantoso miedo que se apoderaba de mí. ¿Miedo de qué? ¡Qué sé yo! Miedo y nada más.

Estábamos inmóviles, lívidos, a la espera de un suceso horrible, con el oído atento, palpitante el corazón, trastornados por el menor ruido. Y el perro se puso a dar vueltas alrededor del aposento, olfateando las paredes y sin cesar de gruñir. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces, el aldeano que me había guiado se arrojó sobre él, con una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba a un corralejo echó fuera al animal.

Al momento, se calló; y permanecimos sumidos en un silencio todavía más aterrador. De repente, todos juntos tuvimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba rozando la pared por fuera, hacia el bosque; luego pasó rozando la puerta que pareció palpar con mano vacilante; después no se oyó nada en dos minutos, que nos convirtieron en unos insensatos; a continuación volvió, rozando siempre la pared, que fue rascada ligeramente como lo haría un niño con las uñas; acto seguido apareció súbitamente una cabeza por el vidrio de la mirilla, una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras. Y salió un sonido de su boca, un sonido indefinido, un murmullo quejumbroso.

Entonces, un estrépito formidable estalló en la cocina. El viejo guarda había disparado. Y en seguida precipitáronse los hijos y taparon el ventanillo, levantando la gran mesa y sujetándola con el arcón.

Juro a ustedes que al estruendo del disparo, que no esperaba, sentí tal angustia en el corazón, en el alma y en el cuerpo, que me sentí desfallecer y poco me faltó para morir de miedo.

Allí estuvimos hasta la aurora, incapaces de movernos y de decir una palabra, crispados por un enloquecimiento inenarrable.

Nadie se atrevió a desatracar la salida, hasta que se vió por una hendedura del sobradillo penetrar un pálido rayo de la luz del día.

Al pie de la pared y contra la puerta yacía el viejo perro con las quijadas rotas de un balazo.

40. SEMESTRE.

AREA III.

UNIDAD XIII.

"EL MONTE DE LAS ANIMAS"  
(Gustavo Adolfo Bécquer).

#### INTRODUCCION:

Gustavo Adolfo Bécquer, poeta y escritor español, poseedor de un vigoroso temperamento que brilla en sus obras en verso y prosa.

Sus leyendas ofrecen un ejemplo de narración sentimental y riqueza imaginativa extraordinarios. El relato: "El monte de las ánimas" es un digno ejemplo de esto, como podrás apreciar en seguida.

#### OBJETIVOS:

- 1.- Clasificar el relato: "El monte de las ánimas" según el género literario a que pertenece, explicando sus características y rasgos sobresalientes.
- 2.- Enunciar el tema.
- 3.- Explicar brevemente el argumento.
- 4.- Clasificar a los personajes de acuerdo a su importancia y caracteres físicos y morales.
- 5.- Explicar la estructura y desarrollo del relato, estableciendo sus divisiones.
- 6.- Explicar las ideas y contenido (en qué se basó el autor y por qué lo hizo así).
- 7.- Expresar una opinión personal.